

EL FUTBOLISTA QUE QUISO SER MÉDICO

Aquella tarde de invierno, se presentaba gris para los jugadores del Atlético Estudiantes. No sólo por ser un domingo lluvioso, sino porque el presentimiento de que algo extraño podía pasar sobrevolaba por el pensamiento de todos los chavales del equipo. Durante la semana había entrenado muy duro y ya el entrenador en la charla del viernes había comentado que las opciones de mantener la categoría pasaban únicamente por ganar el partido. La tarea no era sencilla porque había que enfrentarse nada más y nada menos que al líder de la clasificación, el Peloteros Club de Fútbol. Todo estaba preparado para que sin serlo se convirtiera en una auténtica final. La afición compuesta en gran parte por todos los familiares de los chicos del equipo, lo darían todo y se dejarían no sólo las gargantas sino también el corazón apoyando al equipo.

Pero también sería una tarde inesperada para Madoc, el delantero nigeriano del equipo. Hacía dos años que había llegado al instituto, y desde entonces siempre destacaba en todos los deportes, pero especialmente en el fútbol, que era su pasión, y pronto se convirtió en unos de los mejores delanteros de la categoría. Su gran estatura y su corpulencia le permitían dominar el área contraria como el león dominando su territorio. Pero si destacaba por su altura y por su físico, más aún lo hacía por su velocidad. Con el balón en los pies, era el más rápido y su zancada dejaba pronto atrás a los defensas rivales.

Su mejor amigo en el instituto y en el equipo era Marcos, el pequeño centrocampista de pelo largo, conocido por todo el equipo como el “mago”, por su habilidad en la creación de jugadas que nadie esperaba. Como decían todos los miembros del cuerpo técnico, era capaz de hacer un regate en una baldosa. Desde que Madoc llegó al instituto Marcos y él congeniaron en todo y el pelucas apoyó y ayudó siempre a su amigo para adaptarse a su nueva ciudad y a su nuevo instituto. Pronto Madoc y

Marcos, que hasta casi coincidían en el nombre, se hicieron inseparables, y la amistad que tenían les hacía sentirse muy orgullosos el uno del otro.

Eran inseparables hasta en el terreno de juego. En los entrenamientos y en los partidos se buscaban, se asociaban y destacaban uno por su creatividad y el otro por sus goles. Y aunque esta temporada no estaba siendo demasiado buena en cuanto a resultados, el estar jugando cerca de las posiciones de descenso no era un impedimento para que los dos inseparables amigos destacaran con su juego partido a partido.

Y aquella tarde lluviosa de enero no iba a ser distinta. Habría que dejarse la piel en el campo y luchar hasta morir como decía el místico. Por las cabezas de los veintitrés jugadores del equipo solo pasaba el sentimiento de salvar la categoría. Los chicos estaban convocados a las seis de la tarde en el campo de fútbol del instituto para la charla del “místico” y para los calentamientos y tácticas previas al partido. En el vestuario se podía respirar un ambiente guerrero, que nadie podía imaginar que podría convertirse en tragedia.

A las siete en punto de la tarde, el árbitro tras comprobar las fichas federativas de todos los jugadores dio el pitido inicial y comenzó el duelo. Las cosas no empezaron a pintar bien desde el principio para el Estudiantes, que poco a poco fue empezando a ser encerrado en su área acosado por el Peloteros. El partido se tornó duro, con entradas que rozaban casi el ser peligrosas y con pocas posibilidades de quitarse de encima el acoso rival. Pero a la media hora de juego apareció el “mago” y sin que nadie lo esperara y tras dejar sentados a dos rivales con dos regates de fábula, lanzó la asistencia a Madoc que arrancó desde su campo con el balón en los pies a la velocidad de un rayo para situarse delante del portero contrario y batirlo con una vaselina dejándolo a media salida. El público estalló de alegría y la grada se convirtió en una olla a presión entre gritos de ánimo y aplausos por el golazo marcado por Madoc. Pero el cielo aún así se tornó más gris. Nadie sospechaba que sería el último gol de Madoc.

El partido continuó y el Estudiantes se vino arriba con el gol de su delantero, y poco a poco se fue librando de la presión que le hacía el equipo visitante. Pero justo antes del descanso, tras un saque de banda el estadio

se quedó frío y mudo al mismo tiempo. Tras recibir Madoc el balón, cayó desplomado al césped quedando inmóvil. Nadie entendía que pasaba, ningún rival tocó al delantero del Estudiantes y la tragedia empezó a revolotear por todas las cabezas. Todos los jugadores quedaron petrificados, no sabían que pasaba y las ovaciones de la grada empezaron a transformarse en gritos de auxilio. Madoc no reaccionaba, lo llamaban, lo estimulaban, pero no volvía en sí. Marcos se abalanzó sobre él gritando, llorando y golpeando a su amigo en un intento de devolverlo a la vida, pero su angustia le hizo comprender que Madoc no respiraba. En ese mismo instante los conocimientos sobre reanimación cardiopulmonar explicados y estudiados en la asignatura de Educación Física y de los que él creía que carecía, empezaron a surgir en su pensamiento y comenzó a aplicar compresiones en el tórax y a darle bocanadas de aire por la boca a su amigo del alma, sin saber a qué ritmo y cuántos darle, pero con la necesidad de devolverle la vida. No quería pensar en ningún momento que pudiera ser la última vez que lo abrazara. Las ayudas comenzaron a venir por todos lados, hubo una verdadera invasión de campo por personas que intentaron ayudar al bueno de Madoc, pero su gran corazón dejó de latir y no pudo reaccionar ni siquiera con las medidas que utilizaron los médicos y enfermeras que acudieron al campo tras ser avisados para intentar reanimarlo. Madoc se dejó la vida en el campo aquella tarde de invierno por su equipo, marcando un golazo que le daría la victoria y la salvación a su querido equipo. Al mismo tiempo dejó huérfanos de amistad a sus compañeros y en especial a Marcos, al mago del balón, que, con la muerte de su gran amigo, mató su deseo de seguir siendo futbolista. Su amor por el fútbol lo enterró Marcos ese mismo día y al mismo tiempo nació en él la necesidad de convertirse en médico y salvar vidas. Vidas como la que no pudo salvar aquella tarde fatal.

Lo que Marcos desconocía es que desde donde estuviera su amigo, lo empujaría y le ayudaría a convertirse en ese prestigioso y gran médico que actualmente es. Madoc sigue vivo en la memoria de su amigo Marcos y de todas aquellas personas que aman el fútbol y la medicina. Marcos no volvió a tocar un balón, pero empleó su magia en salvar miles de vidas dedicando cada una de ellas a su amigo Madoc como si de goles se tratase.

Basado en un hecho real

El 11 de diciembre de 2022, nuestro compañero Marvellous delantero centro del 3ª Infantil del Puerto Malagueño falleció en un partido sobre el césped, no pudiendo ser reanimado. Curiosamente ese día Marvellous marcó el último gol de su vida.

Que sirva este relato ficticio como homenaje a un compañero que dejó la vida en el campo por nuestro Club. DEP Marvellous.

Jesús Gallego Castillo

Avenida Imperio Argentina 5 bloque 1 1º C. 29004 Málaga

Teléfono 625666384

625066329

1º A ESO CEIP Fernando de los Ríos. Málaga